SEÑOR.

EL hombre que por el trabajo de sus manos sustentaba su individuo y su familia, y proporcionaba al resto de sus semejantes los recursos necesarios para una commoda ecsistencia, habia sido mirado hasta ahora como un objeto digno de desprecio. Un gobierno como el de España, en el que se hallaban reunidas todas las macsimas que pueden sugerir el orgullo y la tirania, solo dispensaba su aprecio á aquellos en quienes encontraba cualidades que no podian ser estimables sino para él: tales eran la nobleza y la riqueza, que alejando al subdito español de toda ocupacion honrosa, le hacian un ser aereo, que se formaba una divinidad de su pretendida grandesa y de su fortuna, á la que sacrificaba todos sus deberes y hasta su misma patria, cuya esclavitud habia llegado à serle la mas indiferente.

Con semejante regimen era indispensable que la América fuese el sentro del ocio, de la ignorancia y de la incuria, desconociendose en ella cuanto conduce á las comodidades de la vida, ya que para su precisa conservacion no pudieron impedirse las produciones de una naturaleza eminentemente fecunda. Mas en estas circunstancias los siglos, la revolucion y el nuevo mundo forman al cavo su genio y crean en V. E. al reparador de todo.

Yo no hablaré, SEÑOR, de la independencia, de la libertad y de otras grandes obras de que la América es deudora á V. E. Yo hablo ahora por los gremios de esta Ciudad: ellos se presentan por la primera vez á V. E. para ofrecerle sus homenages y respetos, y V. E. no es talvez tan grande á los ojos de la filosofia cuando ata á su carro al Leon de la Iberia, como cuando se deja ver como un ciudadano cuyos derechos son iguales á los de estos hombres á quienes el enemigo de nuestra dicha habia abatido y confundido lejos de considerarles por su interesante ocupacion como á instrumentos de la publica felicidad. Los pinseles mas egercitados en los cuadros de Pedro el Grande jamás podrán retratar á V. E. dignamente en esta posision: este Héroe desaciendo los montes, aplanando los precipicios, abriendo cursos á los mares, levantando ciudades sobre ellos y dicipando las mas espesas nieblas de la ignorancia en que se hallaban embueltos sus pueblos, no era mas de un monarca; pero V. E. libertando al nuevo mundo é igualando sus derechos á los nuestros, es lo que estaba reservado á solo un hijo del suelo americano, lo que hasta ahora solo habia podido ser un Washington.

Mas V. E. no se satisface con haberles restituido el goze de sus derechos naturales: ellos eran utiles al publico en sus diversos ejercicios, y esto bastaba para que V. E. tomase á su cargo su proteccion, en tal grado, que al medio de los fuegos fratricidos de la infame Pasto dirige V. E. sus miradas acia ellos; les establese una Sociedad Economica, especialmente encargada de velar por sus progresos y los constituye bajo gefes que à imitacion de V. E. saben aprobechar del tiempo entre las atenciones de la guerra, para prestarse al fomento de las artes mas beneficas como lo proclaman altamente las recientes obras publicas que encuentra V. E.

¿ Que resta entonces á los gremios y á los habitantes todos de esta tierra rodeada de grandes rios que estienden sus aguas libremente para dar nuevas campañas, á cuyas riberas se elevan vastas y antiguas selvas; cuya verdura siempre nueva, es la imagen de una fecundidad sin limites, y donde parece que la naturaleza, en todo el vigor de su juventud se complase al reunir todos los germenes productivos, y al arrojar por todas partes la variedad, el movimiento y la vida ? Que puede restarnos, SEÑOR sino la paz: vuele, pues, V. E. sobre las alas de la victoria á las playas del Perú, para destruir los ultimos restos de un enemigo que aun profana nuestro suelo: entonces la mano americana no se armará con el hierro; el fuego devorador de la guerra no sesará la fuente de las generaciones; los hijos del nuevo mundo cosechados en la flor de su edad, germinarán de nuevo y multiplicarán sin numero, para gozar de todas las ventajas de una naturaleza prodiga, y de una sociedad perfectamente ilustrada, gloriandose de deber á V. E. tanto bien y de ofrecerle á cada instante un nuevo tributo de reconocimiento y de admiracion.

Guayaquil: Imprenta de la Ciudad por V. Duque.